

La Sierra de Cádiz: paisaje y memoria

Juan Manuel Suárez Japón | catedrático de Geografía Humana

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3749>

RESUMEN

De una idea inicial de su tesis doctoral que versaría sobre *El hombre y la montaña en la Sierra de Cádiz*, y de sus primeros contactos con el que sería su objeto de estudio, nace la fascinación del autor por este territorio.

En este texto conduce al lector al descubrimiento del paisaje cultural serrano, a través de preguntas y respuestas que, aunque enmarcadas en el trabajo preciso del investigador, construyen un discurso “personal” y cercano que permite tener una primera presentación completa y apropiada de la serranía gaditana.

Palabras clave

Cádiz (Provincia) | Memoria | Paisaje cultural | Sierra de Cádiz |



Gran murallón de la sierra de Lijar al fondo, con el pueblo blanco de Algodonales a sus pies. Más cerca, embalse de Zahara que recoge las aguas del Guadalete casi recién nacido. En el extremo del pantano, Zahara de la Sierra que muestra la torre del castillo y parte de su blanco caserío | foto José María Rodrigo Cámara

Mi primera decisión fue clara: la tesis doctoral versaría sobre *El hombre y la montaña en la Sierra de Cádiz*. Haría un estudio a imagen y semejanza de la obra que Jules Blache había publicado en 1933 y que había puesto en mis manos el Dr. Rubio Recio, director de mi investigación. La idea se afianzó en cuanto me adentré por los caminos de aquella Cádiz interior –a la que la propaganda oficial catalogaba como la de los “pueblos blancos”–, en la que fui descubriendo un territorio habitado por la fascinación. Todo estaba allí dispuesto para conformar un universo que nos interrogaba: sus altos relieves, sus bosques, los apiñados núcleos agarrados a las pendientes, los caseríos salpicados como gritos blancos sobre las praderas o las lomas, los cauces orillados de altas choperas de color cambiante, las piedras añejas de las fortalezas, en suma, su paisaje. Pero entonces, ¡ay!, todavía el paisaje era un concepto que se movía lejos de las preocupaciones protectoras y las realidades patrimoniales. Por fortuna, cuando esto fue de otro modo y el paisaje alcanzó su valor primero y primario, el tiempo y las mudanzas sobrevenidas sobre estas sierras gaditanas –pese a alguna mordida pernicioso–, habían respetado las grandes visiones que nos siguen hoy mostrando la maravillosa alianza que allí forjaron la naturaleza y la cultura. Así pues, antes de analizar las partes de esta realidad serrana, conviene detenerse en la comprensión del todo, es decir, de su paisaje como núcleo y marco, fuera del cual sus elementos patrimoniales quedarían huérfanos de sus razones últimas.

Cuando las voces de la Sierra de Cádiz comenzaron a interrogarme, busqué respuestas en quien entonces podía tenerlas, el arcense Jesús de las Cuevas, quien, junto a su hermano José, había escrito “las biografías” de aquellos pueblos, incluyendo en ellas un aparato crítico inmenso –inesperado en ese tipo de obras–, que me abrió las puertas. Fue un paso decisivo, porque estas lecturas me aportaron el saber de aquello que no podía verse, los sustantivos elementos intangibles que en todo paisaje habitan. Aprendí el origen de sus núcleos y la explicación de sus arriesgados emplazamientos y conocí las modestas épicas de sus fortalezas, la evocación de un tiempo en que aquel territorio fue la frontera hispano-musulmana; en fin, integré en la realidad visible los datos sobre el modo en que los habitantes de aquellas montañas y valles expresaban sus devociones y festejaban sus tradiciones. El paisaje adquirió así la justa escala de su complejidad, se hizo más rico y por ello, mucho más atractivo. Y en la medida en que mis conocimientos se acrecentaban se iba haciendo preciso reducir el enfoque de mi doctorado, que acabó siendo un estudio sobre el elemento en el que siempre me pareció que todo se sintetizaba: el hábitat.

Muy pronto me salió al paso otra referencia básica: la del viajero inglés Julián Pitt Rivers, que nos había dejado un singular cuadro de situación del viejo diálogo que sostenían los hombres y aquel espacio serrano en los durísimos años de la posguerra. Pese a sus limitaciones, aquella obra fue importante porque complementaba los estudios de Jesús y José de las Cuevas y espe-

cialmente porque me hablaba de la vida real, de los hombres que habitaban aquel terruño entonces tan inhóspito. Lo hacía de un modo parejo a como las obras del geólogo Juan Gavala contaban los secretos ocultos de sus roquedales y como mis posteriores y reiteradas incursiones por su bibliografía, de especial interés los estudios de G. Serrán Pagán, y por sus caminos me ponían en contacto directo con sus bosques relictos de pinsapos o con las legendarias historias de sus castillos y los vaivenes de una frontera centenaria, en torno a la cual se gestaron los procesos básicos de su poblamiento. Y todo ello, de un modo que parecía más espontáneo que fruto de la reflexión, me fue conduciendo a la evidencia de que el hábitat serrano, los sorprendentes emplazamiento de sus núcleos, sus adaptación a las exigentes morfologías del territorio, la riqueza de sus formas, sus dispersos de caseríos o de molinos, en fin, todo aquello que de forma tan visible se evidenciaba en el paisaje, también era el reflejo de lo no visible y la síntesis certera de cuanto yo, desde el principio, había querido saber: el modo en que allí los hombres se relacionaban con la montaña.

Bajo la apariencia de uniformidad que parecía expresar el epígrafe de “pueblos blancos”, fui detectando que en los núcleos de la sierra gaditana se encerraba una diversidad notable de emplazamientos y de formas. Abordé con entusiasmo el reto de saber por qué, y esto me descubrió una clave, elemental, pero no percibida por mí hasta entonces, indispensable para analizar los paisajes, a saber: que nada hay de azaroso en ellos, que cada elemento está donde está —y no en otro sitio—, por razones físicas o humanas que deben ser descubiertas. Y en esas búsquedas y a lo largo de varios años, la realidad presente y pasada de la Sierra de Cádiz se me fue ofreciendo como una interminable sucesión de estímulos: pueblos en cumbres, como Torre Alháquime u Olvera, resbalando sus caseríos como un glaciar sobre la ladera; o pueblos en inexplicables hondonadas, como Setenil de las Bodegas y sus ejemplares de viviendas trogloditas; núcleos enriscados en pendientes incompatibles con la horizontalidad que la vida del hombre exige, como Zahara de la Sierra, junto a otros cómodamente recostados en el pie de monte, como Algodonales o El Bosque; la digna modestia jornalera de Alcalá del Valle o de El Gastor y la rancia nobleza de Grazalema, con los ecos aun visibles de su antigua opulencia. Tramas urbanas de tan clara herencia musulmana como sus topónimos, junto a otras de calles rectas, como Prado de Rey o Villamartín. Y al sur, la industriosa Ubrique, en el fondo de una depresión caliza, acogida y blanca en el envoltorio nido geológico, puerta de un sendero intermontano que nos enlazará con la quietud de Banaocaz y la sorpresa interior de Villaluenga del Rosario, frontera a una de las grandes simas kárticas que horadan esta porción de la serranía.

En los anchos espacios entre estos apretados y compactos núcleos se detectaba un poblamiento diseminado de modesta entidad que, en todo caso, no mermaba el interés de analizarlo. Esas casas dispersas son siem-



Vista general de Zahara de la Sierra (Cádiz) con castillo sobre ella | foto Fondo Gráfico IAPH (Juan Carlos Cazalla Montijano)

pre centros de gravedad y síntesis formal de la vida de los campesinos y/o ganaderos que las habitan, por seguir con las viejas, pero certeras, valoraciones del geógrafo A. Demangeón. Y por ello, reproducen modelos en los que alguna vez cristalizaron las experiencias de sus constructores. En la Sierra de Cádiz, eran los molinos en las áreas del olivar, alternando con casas con corralizas para los ganados en los ámbitos repulsivos para las prácticas agrarias. En algunas áreas próximas a cauces y arroyos, se erigían huertas con norias y, a veces, con telares varias veces centenarios que habían llegado hasta nosotros. Sobre ellos sí, el tiempo ha señalado su paso alentado por las dinámicas centrípetas de los habitantes y un consiguiente proceso de generales abandonos, prólogos de las desapariciones físicas de muchas de estas construcciones para las que las medidas protectoras llegaron demasiado tarde.

Pitt Rivers, el esbelto inglés que vivió la Grazalema de la postguerra, se quedó seducido por el aire de ensimismamiento de aquellas gentes serranas. Fruto quizás de los prolongados aislamientos a los que predisponen los ámbitos de montaña, o por tanto tiempo de caminos impracticables y lejanía a los focos urbanos gaditanos, fluía por los pueblos y aldeas una quietud sobrecogedora. Así también sorprendían aquellos espacios a aquel aprendiz de geógrafo que yo era en la mitad de los setenta y esas sensaciones han perdurado como parte de la memoria de mi relación con este territorio. Y tal vez por eso, también sus fiestas, religiosas o paganas, el Corpus de Zahara



La estela de El Toconal en el interior del megalito. Olvera (Cádiz) | foto Fondo Gráfico IAPH (Miguel Ángel Blanco de la Rubia)

de la Sierra, el toro de Grazalema, la Semana Santa de Setenil, etc., siguen teniendo el emocionante palpito de lo antiguo.

Pese a ello, en aquellos momentos ya habían comenzado a señalarse algunas nuevas visiones de la sierra que partían desde los procesos de expansión de los valores y usos urbanos. Por la vía del turismo, ofrecido como redentor de aquellos parajes, la ciudad se fue metiendo en la sierra gaditana, exigiéndole aquello que la sierra podía dar: ser objeto pasivo de esas iniciativas exógenas. Ahí comenzó un tiempo nuevo que hizo imprescindible la incorporación de los valores patrimoniales y las consiguientes medidas de protección. Muchas de ellas llegaron por vía de la protección ambiental –la creación del Parque Natural–, y todas ellas tras vencer resistencias movidas por los intereses y/o por la incredulidad de los afectados. Fueron tiempos en los que predicar los equilibrios no fue fácil en una tierra y para unas gentes cansadas de esperar, apegadas a la fuerza de costumbres seculares y reacias al cambio. Hoy es tiempo para poder aportar valoraciones y reconocer hasta qué punto el inmenso legado patrimonial –natural y cultural–, de la Sierra de Cádiz ha podido sobrevivir sin sobresaltos irreparables a las tensiones de las realidades contemporáneas.